

toma de partido por la República con la decisión de enviar a Klaus a un «Landerziehungsheim» para que allí sea supuestamente educado en «Internationalität und republikanischer Staatsbürgergesinnung» (p. 237), cuando el programa pedagógico de la «Bergschule Hochwaldhausen» encadena palabras como «Selbstbeschränkung», «Unterordnung», «Pflichttreue», «Ritterlichkeit», «Führertum» apuntando ya hacia la futura filiación política del director; que Fertig añade a todo lo anterior la tan traída y llevada «Homoerotik» de Thomas Mann para, en contradicción con sus conclusiones finales, justificar no sólo «Thomas Manns Interesse an der Welt der Landerziehungsheime» (p. 929) sino incluso su interés por lo pedagógico en sí es algo que no tiene fácil explicación, a no ser la evidente: Fertig, tratándose de Thomas Mann, no ha querido dejar nada del material reunido en el tintero, relacionado y armonizando después donde y como buenamente pudo.

Donde Thomas Mann sin duda triunfó «pedagógicamente» fue en el campo de la literatura, señalándonos Fertig en un capítulo dedicado a la «Zauberberg-Pädagogik» la estrecha relación existente entre el retrato que Thomas Mann hace de Tolstoi en su ensayo *Goethe und Tolstoi* y las ideas pedagógicas de Leo Naphta.

Ludwig Fertig ha escrito, a pesar de los defectos señalados, que se deben principalmente a la falta de un planteamiento claro y delimitado, un libro sugerente, que tiene sus grandes momentos allí donde el autor habla como pedagogo, y sus grandes defectos, cuando interpreta, o parafrasea, la obra del parodiador Mann como si se tratara de un testimonio personal. Un libro que tiene la virtud de desmitificar, incluso contra el propósito del autor, un poco la imagen titánica del «Zauberer», y ello, sin que vaya en detrimento suyo. Pero así es la magia.

Arturo Parada Diéguez

WEBER, Peter: *Der Wettermacher*. Suhrkamp, Frankfurt, 1993.

El programa de otoño de la editorial Suhrkamp ha revolucionado el mercado literario con la publicación de una novela: *Der Wettermacher*. Su autor es Peter Weber, de 25 años de edad, desconocido hasta ahora por el público ya que ésta es la primera obra que publica. Desde el momento en que ha visto la luz, la novela ha ocupado el número uno de las listas de libros más vendidos.

No han faltado los elogios y las alabanzas para la obra de un autor tan joven («Wurde ein Dichter geboren?»¹, «Ein brillanter Erstling»², «Fabelhaft fabulierte Prosa»³), en la que a lo largo de 316 páginas nos relata, en un estilo rebosante de palabras, la historia de la familia Abderhalden: de la madre que llegó en tren a Suiza

¹ Christian Seiler, «Die Weltwoche», 09.09.1993.

² Beatrice von Matt, «Neue Zürcher Zeitung», 05.09.1993.

³ Carlo Bernasconi, «Berner Zeitung», 04.09.1993. Estas tres citas están impresas en la contraportada de la novela.

procedente de Berlín y encontró trabajo en un quiosco; del padre, que conoció a la madre en el quiosco y se enamoró de la suavidad de sus manos; del hermano, Freitag Melchior, hijo adoptivo al igual que el protagonista, August Abraham, a quien un rayo dejó sin habla al mismo tiempo que le abrió entre las piernas un órgano sexual femenino que tenía cerrado desde su nacimiento y le convirtió en una persona de dos sexos.

«Dies ist die unsägliche Geschichte des August Abraham Abderhalden, dem es grundsätzlich und endgültig die Sprache verschlägt, der zugeknöpft wird, wiederholt auf den Mund fällt, sich die Zunge abbeißt, den Kiefer bricht, an seinem zwanzigsten Geburtstag aber Wettermacher wird.» Así comienza la novela. Una novela que además de una crónica familiar es también la crónica de un lugar, de una ciudad llamada Wattwil, y del marco natural en el que se halla, el valle de Toggenburg, entre los ríos Necker y Thur.

El valle de Toggenburg, que ya plasmara en sus obras Ulrich Bräker hace dos siglos, es un mundo cerrado en sí mismo, en donde todo sigue un ritmo normal, mientras que desde fuera amenaza el ritmo de la gran ciudad. El protagonista va y viene, de Wattwil a Zürich, se enamora de la estación central de esta ciudad, se introduce en sus planos y en sus fundamentos arqueológicos, vuelve de nuevo al Toggenburg y luego otra vez a Zürich, siguiendo los pasos de Huldrych Zwingli.

Peter Weber nos muestra el contraste entre la vida en la provincia y en la gran ciudad, en la pequeña *Heimat* y fuera de ella. Las diferencias entre ambas, entre el «ancho mundo» y la pequeña provincia, se mezclan en la obra sobre todo en el terreno lingüístico al mezclar dialecto y lengua estándar. De este modo acentúa el contraste entre «mundo» y «región» y deja entrever cómo para los escritores más jóvenes Suiza es también un tema, aunque su prosa es tan poética que apenas deja espacio para críticas negativas. Apenas las hay, como es característico en la literatura suiza de este momento, en la que el enfrentamiento con el propio país va siendo cada vez menor, y lo que sí se ve es un gusto enorme por la literatura, por el arte de escribir y de narrar.

Weber recoge en esta novela la herencia del creador de uno de los espacios míticos más conocidos de la literatura suiza: Gerold Späth. No sólo en el estilo pueden encontrarse numerosas semejanzas entre ambos autores. El título mismo, *Der Wettermacher*, recuerda a uno de los personajes de Späth que se encuentran en el microcosmos de *Barbarswila* desde su primera novela: a Pankraz «Pan» Buchser, el pescador amigo de *Unschlecht*, que es capaz de variar el tiempo atmosférico. Además, la obra está dividida en cuatro capítulos (*Der angebrochene Abend, Nacht und nach Mitternacht, Im Morgenrauen y Morgenland, Vormittag und über Mittag*), también muy a la manera de Späth.

Pero Weber impacta por su fantasía, por su derroche de imaginación, por su estilo, por su inagotable habilidad para jugar con las palabras. De esta manera hace del valle de Toggenburg el centro del mundo. Un valle que nos invita a visitar, porque en él hay mucho que descubrir y mucho que admirar y de qué admirarse, pues «vom Tisch aus gesehen liegt der Toggenburg zwischen Afrika und Amerika».